



Ofelia: la imposibilidad de recibir del mundo externo

CONSUELO MOREL MONTES
Profesora Escuela de Teatro U.C.

La obra **Ofelia** de Marco Antonio de la Parra, estrenada a comienzos de este año por el Teatro Nacional de la Universidad de Chile, toca de modo profundo y sin descanso el tema de la muerte y de la pulsión de muerte presente en estos personajes y sus relaciones. Originada en el clásico **Hamlet**, centra su atención en los jóvenes y su particular visión hacia el drama que les toca enfrentar.

La búsqueda de la *paz de los cementerios* allí donde no habría *gente ruidosa*, que mantiene la vida, guía la obra hacia una sensación de vacío existencial pocas veces delatado con tanta claridad en el teatro. La nada, simbolizada después en las aguas, la madre o la fusión con el útero, es la búsqueda más poderosa de esta Ofelia que no quiere o no puede vivir.

Su padre, Polonio, intenta llevarla a veces a la realidad, apoyarla y conectarla a un mundo que no le sea tan hostil. En esa relación padre-hija, se entremezcla aquel sentir paterno con las imágenes persecutorias de Ofelia que llegan a lo delirante, pensando que su padre la desea y que hay un *adulterio* que cruza todas las realidades, que todo lo destruye.

Ella desea que su padre le hable de su madre muerta, quiere recordarla, la necesita tal vez como el principio de realidad necesario para estructurar su mente delirante, pero mantiene a su vez una gran ambivalencia frente a esta realidad.

Durante la obra el personaje de Ofelia sufre permanentemente el *no comer* el *casi no hablar* como un modelo de vivir que alude e implica el no-vivir. El no poder recibir desde afuera, sea comida, sea el amor de

un hombre, sea apoyo del padre, es el modelo de una existencia que tenderá necesariamente a la muerte y a la nada, como idea subyacente de una fusión madre-hija imposible de lograr.

El vivir *sin comer*, clave de esta obra, creemos que puede extrapolarse al vivir sin aceptar recibir lo bueno que viene del mundo externo. Es imposible mantener lo vivo sin un estado de receptividad mínimo, aunque sea de los alimentos físicos. Esta Ofelia no sólo no puede esto en su nivel más concreto, el de la comida, sino además en todas sus otras relaciones humanas. Todo para ella es *peligroso* o *contaminado*, de modo que la puede destruir. Así, el alimento no es bueno ni fuente de vida, sino un enemigo persecutorio que la puede matar o deformar. Sin dudas, esta visión psicótica de la realidad apunta a un drama grave: el incorporar los bienes que vienen del otro se tornaron en tan amenazantes, al parecer por la ausencia de la madre, que le impiden la vida.

Existe, para su fantasía, un mundo *contaminado*, *sucio*, proveniente del deseo sexual que la lleva a percibir el que los otros *matan* más que apoyan o aman. Ofelia cree que su padre mató a su madre, que la desea a ella, que quiere poseerla, etc., con lo cual toda cercanía al padre le resulta angustiada en extremo y confundidora hasta el delirio. El caos mental se apropia de ella con facilidad y no logra estructurar mínimas categorías *espacio - temporales* que le permitan organizar el mundo de la percepción y de las relaciones sujeto-objeto.

Esta visión tan paranoide de la realidad la hace

decir *ya no se puede pensar, o la comida no es comible sino vomitable*. Se siente invadida por impulsos que la pueden desestructurar por completo, ante lo cual prefiere *cerrar sus piernas y su boca*. Ese es el modelo del *no-recibir* en todos los planos, y por lo tanto, es la imposibilidad de aceptar todo vínculo que la fecunde. Esto subyace en este personaje a través de toda la obra.

La amenaza de un deseo sexual sin barreras, invasor y desestructurante, es omnipresente y no le permite la mínima organización mental. En términos psicoanalíticos se diría que la distinción entre pre-conciente, conciente e inconciente no fue bien lograda y que los criterios y lógicas propias del Inconciente invaden con demasiada fuerza y frecuencia la estructura del conciente que no se sustenta.

El amor entre Hamlet y Ofelia

La relación entre Hamlet y Ofelia está guiada con fuerza en esta obra por este mismo esquema y por lo tanto no puede constituirse en vínculo real. Corre la relación Hamlet-Ofelia como en dos ejes paralelos: por un lado, Hamlet y el conflicto con su madre, y por otro, Ofelia y el conflicto con su padre. Estos dos ejes estructuran la totalidad de la obra y, por consecuencia, la imposibilidad de relación entre los dos jóvenes.

Madre-Hamlet: Culpas y deseos de posesión incestuosa.

Padre-Ofelia: Imagen persecutoria cargada de fantasías sexuales violatorias e incestuosas.

Así, ambos no pueden vivir una vida mínimamente autónoma: son como residuos demasiado concretos de las relaciones con sus padres.

Esta relación entre los jóvenes protagonistas se transforma, en esta versión de De la Parra, casi sólo en la reflexión y vivencia de los hechos traumáticos provenientes de sus padres/madres muertos. Ellos se unen como dos seres marcados absolutamente por sus progenitores, siendo sus vidas casi pura expresión de la dependencia, no elaborada, de esas muertes que los dejan, a ambos, demasiado cerca de la fantasía y/o deseo incestuoso por el padre que quedó vivo, con las consi-

guientes culpas, ambigüedades y odios en que desean muchas veces su muerte.

Si bien en Hamlet existe más distinción entre el mundo interno y el mundo externo, y por lo tanto menos confusión, eso no logra estabilizar la extrema alteración de Ofelia. En ella, no hay barreras ni discontinuidad, la lógica espacio-temporal está rota y, por ello, su debilidad es mucho mayor que la de Hamlet y su destino a la muerte se hace cada vez más inminente con el avance de la obra.

El drama de los hijos

Así, este drama puede leerse como una clave desde *los hijos* hacia el **Hamlet** de Shakespeare. Es un **Hamlet** tomado desde un ángulo preciso y particular por donde el autor se adentra fuertemente en el Inconciente y la pulsión de muerte. Son los hijos, bastante *residuales* de sus padres, los que protagonizan



el drama, como testigos, jueces y víctimas a la vez, de la tragedia de sus padres, pero con un sello que les impide vivir la vida como algo nuevo y abierto a posibilidades fecundas.

Esta mirada de los hijos, tan *subsidiaria* al drama paterno y materno, tiene extraordinaria importancia, creemos, en la cultura actual, donde el problema de la identidad y el *pensamiento débil* está siendo un hecho de importancia en muchos sectores de jóvenes que, al parecer, no pueden estructurar vidas propias y autónomas, probablemente por falta de padres o figuras paternas que los contengan en los problemas del propio crecimiento y desarrollo personal.

Esta debilidad que los acerca, a veces con peligrosa frecuencia, al tema del suicidio, es una clave necesaria de reflexión en la cultura de algunos jóvenes actuales y de nuestra cultura en general, por lo cual la obra pone una luz urgente para reflexionar en el mundo actual. Esta presencia de la muerte y de la imposibilidad del amor real es algo que el mito de Hamlet y Ofelia puede bien iluminar desde el *otro lado*, entendiéndose por esto el lado oscuro del drama hamletiano. De la Parra se para, por así decirlo, en la *otra orilla* y se adentra en los posibles cabos sueltos que quedan en el clásico **Hamlet** para intentar continuar la historia o enfrentarla desde otro ángulo.

Creemos, eso sí, que la puesta en escena no logró encarnar bien este mundo confuso y delirante, manteniendo actuaciones y vestuarios tradicionales y, en algunos casos, estáticos y fríos.

Pensamos que a veces el director perdió contacto con la visión de lo psicótico y lo caótico de la obra y se acercó a lo melodramático o a lo histérico que nada tienen que ver, a mi juicio, con esta obra dramática. Esto vale especialmente para la interpretación del personaje de Hamlet en manos de un actor sin energía ni atractivos masculinos mínimos en su caracterización.

El *ser o no ser* se aleja, a nuestro modo de ver, en forma total de la dramaturgia de De la Parra, para entrar en un llanto de origen bastante histérico, que le resta fuerza al decir y actuar del personaje.

La relación amor-odio de Hamlet y Ofelia por sus respectivos padres vivos y entre ellos mismos es de tal complejidad y cambio de planos y niveles psicológicos y personales, que creemos la puesta en escena no logró manifestarlos en la actuación.

Hay un *afiebramiento* en el pensar de ambos personajes y una imposibilidad de crecer y madurar que se convierte en un hecho dramático muy potente y perturbador, por su capacidad de detener la vida y llevarla a la muerte, que debió, a nuestro juicio, haberse mostrado mejor en la puesta en escena.

Ahora bien, volviendo a la obra misma, pensamos que surge una pregunta importante: ¿Esta Ofelia está enferma y sufre como efecto de la falta de su madre? O es al revés, ¿está muerta por sus culpas psicóticas respecto al deseo del padre o a la supuesta sexualidad que la desestructura y le impide vivir? Creemos, como reflexión final, que esta pregunta era vital de ser indagada, ya que tal vez el amor que ella prodiga a su madre, durante toda la obra, podría ser, de acuerdo a la segunda de estas hipótesis, un *revestimiento* de la pulsión de muerte y la destructividad y no un amor real madre-hija. De ser así, y esto es sólo una hipótesis a raíz de esta compleja obra, detrás de ella habría un gran impedimento para crecer y madurar y vivir proveniente más bien del lado **narcisismo que del amor real a la madre**, lo cual cambia enormemente la perspectiva de los actores en la puesta.

Contada así la historia, se nos interna a otro tipo de preguntas que son de extrema vigencia y que se desprenden del **Hamlet** shakesperiano por una vía novedosa, y que se adentran en grandes crisis del mundo moderno. Mérito grande de De la Parra. Sin embargo, la duda acerca de si es el amor o el narcisismo el que guía finalmente los pasos de Ofelia hacia la muerte queda abierta a ser reflexionada, en búsqueda de mayores niveles de complejidad en obras como estas, especialmente cuando van a estar montadas en el escenario para ser vistas por un público que busca en el teatro claves de identidad cada día más profundas y más reveladoras de las verdades del hombre.